

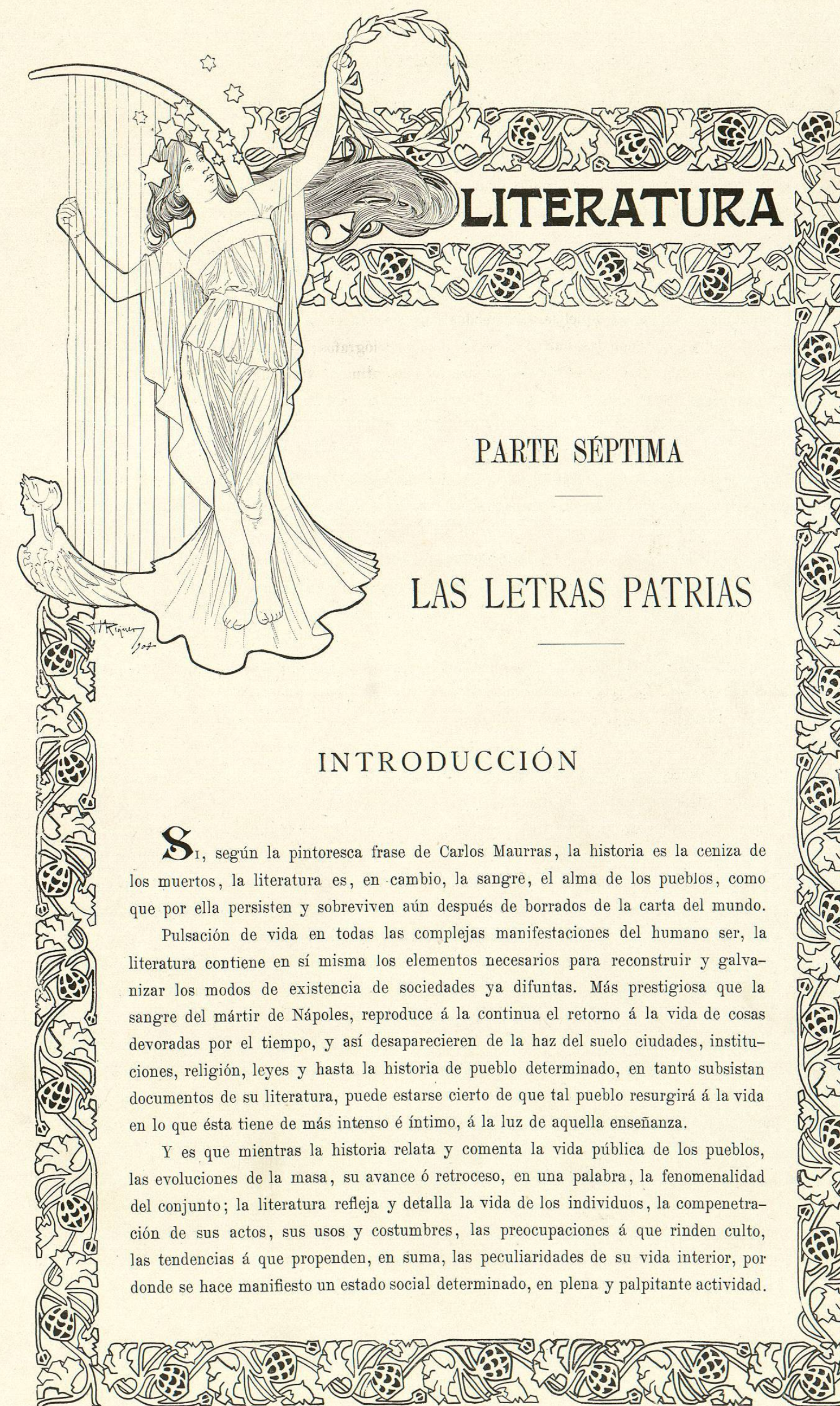
evolutivo, y será la obra del futuro: hacer de él un elemento mexicano, que se incorpore al viejo elemento semi-aristocrático y haga con él lo que deben hacer los ricos, esto es, proporcionar trabajo y progreso á los pobres.

Obra del futuro será también conservar las excelsas cualidades organizadoras que han hecho de la clase media mexicana, de la hija de uniones legítimas, de la educada en las escuelas, el núcleo modelo de la nación.

Y será obra asimismo del futuro incorporar progresivamente á los individuos del grupo indígena y de las razas disolutas, aniquilando á los que sean por completo refractarios.

Así México llevará á cabo los altos destinos que está llamada á realizar, y que pueden predecirse teniendo en cuenta la asombrosa facilidad con que ha conquistado los grandes triunfos que ponen varias de sus diversas instituciones al frente de las más avanzadas.

Ezequiel A. Chávez.



# LITERATURA

PARTE SÉPTIMA

LAS LETRAS PATRIAS

## INTRODUCCIÓN

**S**i, según la pintoresca frase de Carlos Maurras, la historia es la ceniza de los muertos, la literatura es, en cambio, la sangre, el alma de los pueblos, como que por ella persisten y sobreviven aún después de borrados de la carta del mundo.

Pulsación de vida en todas las complejas manifestaciones del humano ser, la literatura contiene en sí misma los elementos necesarios para reconstruir y galvanizar los modos de existencia de sociedades ya difuntas. Más prestigiosa que la sangre del mártir de Nápoles, reproduce á la continua el retorno á la vida de cosas devoradas por el tiempo, y así desaparecieren de la haz del suelo ciudades, instituciones, religión, leyes y hasta la historia de pueblo determinado, en tanto subsistan documentos de su literatura, puede estarse cierto de que tal pueblo resurgirá á la vida en lo que ésta tiene de más intenso é íntimo, á la luz de aquella enseñanza.

Y es que mientras la historia relata y comenta la vida pública de los pueblos, las evoluciones de la masa, su avance ó retroceso, en una palabra, la fenomenalidad del conjunto; la literatura refleja y detalla la vida de los individuos, la compenetración de sus actos, sus usos y costumbres, las preocupaciones á que rinden culto, las tendencias á que propenden, en suma, las peculiaridades de su vida interior, por donde se hace manifiesto un estado social determinado, en plena y palpitante actividad.

Ya lo dijo antes un eminente crítico: «Asociada á la vida nacional (habla de la literatura griega), en sus múltiples manifestaciones, vida religiosa, política, militar, mercantil, venida del pueblo y volviendo á él, la literatura expresa el alma de la ciudad (1).»

A este prestigio de la literatura somos deudores del conocimiento acabado de civilizaciones extinguidas. La vida del pueblo de Israel llega á nosotros, no por anales más ó menos auténticos, sino por su exuberante literatura, por sus deliciosos poemas, que poemas son, en el significado más alto de la palabra, así los libros del Antiguo Testamento como los de la Nueva Ley, en los que el inspirado numen de los cuatro evangelistas narra la maravillosa vida del divino Jesús, con tal intensidad de expresión y colorido que el protagonista palpita en aquellas apasionadas páginas. Sabemos más de griegos y romanos por su portentosa literatura, que por las narraciones de sus historiadores; y llega á tal punto la vitalidad y pujanza de esas literaturas, que por ellas Grecia y Roma continúan viviendo en nosotros, y no de modo cualquiera, sino que á título de maestras, de modelos en cuyo estudio nos iniciamos en los secretos de la belleza, que en esto no vamos con las escuelas novísimas.

En el cuadro sintético á que intentamos dar forma, el concepto de literatura no entra en su acepción más amplia, que en este sentido caen bajo su jurisdicción todas las formas en que se manifiesta el pensar y el sentir humano por medio de la escritura, desde el libro científico y meramente didascálico hasta la arenga tribunicia, desde la disquisición más abstrusa hasta la epístola familiar. Limitase esta sinopsis á lo que más propiamente y en el sentido más estricto entendemos por literatura, esto es, aquella manifestación intelectual por la palabra escrita, que aspira á la expresión de lo bello. A plumas más autorizadas que esta indocta nuestra, se reserva lugar aparte en este libro para tratar de los otros modos de manifestación de la intelectualidad.

Dicho se está que no han de quedar descartadas de este plan las producciones oratorias, que son propiamente obras literarias desde el instante que se convierten en piezas escritas.

De las letras patrias vamos á escribir, y desde luego surge esta cuestión: ¿tenemos los mexicanos una literatura?

El insigne D. Marcelino Menéndez y Pelayo la resuelve por la negativa. Según él, nuestra literatura nacional «por ninguna parte acaba de aparecer (2).»

Tal aserto, así formulado en términos absolutos, es inaceptable por inexacto. Si lo que con ello quiso expresar es que los mexicanos carecemos de una literatura que lleve una fisonomía original, que marque por sí misma región determinada del globo, ó raza, familia ó tipo humanos dotados de propia individualidad, capitulamos con el conspicuo académico; mas si su afirmación significa que aquí, en esta joven República, no se encuentra una producción literaria, hija de cerebros mexicanos, que en algunos casos reivindica cierto colorido regional, entonces hay exorbitancia en su juicio. Entonces las literaturas tendrían que ser clasificadas por las lenguas en que se han producido ó se producen, quedando reducidas á una sección ó rama de la lingüística. No habría, por tanto, más literaturas, en lo que tenemos conocido, que la india, la hebrea, la helénica, la romana, y ésta por la sola razón de la lengua en que está encarnada, ya que en el fondo se informó por los cánones griegos, como que sus poetas, sus filósofos, sus retóricos, y toda la gente letrada que aspiraba á algún valer, acudían á Grecia á estudiar los modelos del arte helénico para trasplantarlos á Roma; no habría otras literaturas que la árabe, la española, la francesa, la portuguesa, la rumana, la alemana, la inglesa, la rusa y la escandinava.

Las literaturas no son entidades que se forman de una á otra estación. Es la acción duradera del tiempo la que les va dando el ser, con el lento arrastre aluvial de la producción de los ingenios de una misma cepa, y es también el tiempo el que les va dando consistencia y como estratificándolas, hasta imprimirles fisonomía propia. Pedir á un pueblo nuevo que ostente una literatura característica, al igual de

(1) Renato Doumic: *Littératures de décadence. Revue des Deux Mondes*, 15 de Septiembre de 1899.

(2) *Antología de poetas hispano-americanos*, tomo I, pág. 121.

naciones seculares, pecaría de temeridad. Tanto es así, que la caudalosa y monumental literatura española de nuestros días no comenzó á formarse antes del siglo XII, y no vino á tener carácter definitivo sino hasta el advenimiento del gran Don Alfonso.

Cierto que la lengua es la base y fundamento donde reposan las literaturas de carácter original, literaturas que persisten irreducibles á las lenguas que se formaron por las evoluciones de aquélla, como lo demuestran, no ya el latín, del que proceden por derivación mediata el italiano, el rumano, el francés, el español y el portugués, que al cabo el latín es una lengua bien muerta, sino los dialectos provenzales de que se formaron esas mismas lenguas, que aun viven en medio de sus hijas, sin perder su individualidad.

No es así como se entiende la nacionalidad de las literaturas, y ni puede entenderse así, desde el punto en que la expresión de las bellas letras corresponde ó debe corresponder á la índole y modo de ser de cada pueblo, en un tiempo dado.

Nuestra literatura, producida en lengua castellana, debiera ser hija de la española, ó ya que no hija, su hermana por cognación, y si no lo es, son por extremo fáciles de percibir las causas que así lo han decidido.

Valga por la primera, la guerra de insurrección de ésta que fué colonia de España contra su metrópoli. Los rencores que de pueblo á pueblo engendró esta guerra, se miden por la duración de la lucha y por las atrocidades que por ley de retorsión, exacerbada por la ira, consumaron los beligerantes. Los conatos de España por recobrar su dominación no pudieron ser parte á calmar esos rencores, antes los reencendieron y avivaron, hasta el grado de que hiciéramos dos veces con los españoles lo que España con los judíos: expulsarlos de nuestro territorio.

Tal era por aquellos días la inquina y animadversión que la recién nacida nacionalidad mexicana profesaba á su antigua señora, que si poder hubiera tenido para cambiar de habla, habría abolido el uso de la lengua de Castilla.

Esta situación de ánimos persistió en México, no obstante que en 1835, cuando ya la joven República figuraba en el concierto de las demás naciones, fuera reconocida por España como entidad autonómica, que tal reconocimiento no pasó de un acto de pura diplomacia. Para los mexicanos, el español no dejó de ser el opresor y codicioso gachupín, y para los españoles, el mexicano el rebelde súbdito substraído á la obediencia.

Otra causa: en tanto que España no cejaba de los ideales que la tradición le imponía, y á los que, ciertamente, era deudora de pasadas grandezas; México, seducida por las contagiosas doctrinas de la Revolución francesa, y alentada por el espectáculo que le ofrecía la vecina del Norte, tentaba una nueva orientación en su vida política, orientación de todo punto contrapuesta al régimen colonial.

Quedamos, pues, de espaldas á España, y en literatura no admitimos más modelos que lo que de Francia nos llegaba, y en esa enseñanza apurábamos con sed febril nuestras ansias literarias, sin tasa ni discreción. Tan incontestable es este hecho, que al modernizarse la enseñanza en nuestros colegios, los textos latinos fueron substituidos por textos franceses, que son los que desde entonces corren en manos de los estudiantes de las escuelas oficiales y aun de las de carácter privado. Tan sólo una atenuación cabe en favor de la influencia española en este respecto: la meramente individual que ejercieron Bretón de los Herreros, el duque de Rivas, Espronceda, García Gutiérrez y Zorrilla, circunscripta, por cierto, á la poesía, la lírica y la dramática, sin trascender á los otros géneros literarios. Para hablar más propiamente, el papel de los poetas españoles del promedio del siglo recién fenecido fué el de iniciarnos en el romanticismo, que, con la única excepción de Espronceda, que lo importó de Inglaterra, en donde lord Byron imperaba sin rival, recibieron ellos á su vez de Francia, cuyo espíritu franqueaba por segunda vez las altas fronteras del Pirineo. Por lo que mira á la brillante escuela netamente hispana de los siglos XVII y XVIII, apenas si su estudio fuera reservado patrimonio á unos pocos talentos escogidos que de modo alguno influyeron en el movimiento general de la literatura mexicana.

Cuando el glorioso D. Juan Prim vino á poner los cimientos de la fraternal reconciliación entre México y España, condenando con reprobación solemnísimamente la felonía napoleónica; cuando el ilustre montañés don